

UN POETA JUDIO EN LA UNION SOVIETICA

Por ROSITA KALINA DE PISZK

Un título: "Un Poeta Judío en la Unión Soviética". Un Nombre: D. Seter y sus Poemas. Un mensaje: el de tres millones de judíos que viven en la realidad de la Rusia Soviética. Cuán poco sabemos de ellos!... Cuán poco sabemos de su lazo indestructible con el pueblo judío, cuán desdichada la suerte de esos millones de seres a quienes se ha negado su derecho de raza, religión y costumbres. Un hombre: D. Seter, y estos versos que nos llegan desde las profundidades de las minas de carbón, de los campamentos de trabajos forzados, de uno de tantos de esos campamentos donde mueren las esperanzas, donde se apagan las ideas por medio de la esclavitud, pero donde aún palpita el alma judía donde quiera que ella se encuentre.

Abandonad toda esperanza... Las noticias biográficas de este poeta judío nos han llegado a través de un compañero suyo del campamento, J. Nadav, hoy día residente en Tel Aviv, quien lo conoció y lo trató íntimamente. D. Seter en esa época era un "Povtornik", (reincidente). Se llama así al prisionero político que habiendo cumplido ya una pena es condenado nuevamente por vía administrativa, y que, encontrándose ya en libertad es nuevamente aprehendido (a veces luego de haber transcurrido varios años), y acusado del mismo delito por el cual ya fue juzgado luego de su primera detención. De esta biografía de desesperanza y de desesperación va surgiendo poco a poco una luz débil al principio y refulgente al final. El sentimiento de Israel, del nuevo país que se está forjando tan lejos de sus alcances toma cuerpo y se define en versos magníficos:

Se han perdido nuestras sepulturas,
nuestros restos están dispersos.
Qué ley fue conquistada por Moisés
en lo alto del Sinaí, que hasta hoy con ella vivimos
en el ilimitado e inhóspito desierto.
Qué conjuro nos impulsó
que al cabo de los siglos, nuestra
fraternidad universal persiste.

Volvamos atrás a sus primeros versos, aquéllos que escribió cuando lo prendieron, cuando lo arrancaron de su familia, de su esposa e hijos que luego murieron en la segunda guerra mundial. El cuadro de esa noche de pesadilla lo persigue continuamente y en vano trata desde entonces de borrarla de su memoria. Firmó todo, admitió las inculpaciones más torpes y absurdas con tal de evitar los incontables ultrajes, la crueldad, el terror, el hambre...

En la oscura noche otoñal
con estrépito cerraron la puerta.
Me dieron en cambio,
tiempo para mis cavilaciones.

Paradójico y doloroso al mismo tiempo. No grita su dolor, es un dolor tranquilo, sin espasmos ni retorcimientos. "Me dieron en cambio tiempo para mis cavilaciones". Y nos imaginamos en esas cavilaciones una amargura que tiene sus raíces no sólo en su propio íntimo dolor, sino también el sufrimiento de contemplar a centenares y miles de hombres iguales a él, sencillos, perseguidos, tratando de buscar en su destino una respuesta a la perenne interrogante del ser: ¿por qué, por qué?...:

He visto: niños que se aferran
a los muertos pechos de sus madres.
Se lo conté a una piedra: la piedra se quebró.
Qué me digo a mí mismo?: ¿Recuerda?, ¿olvida?...

Cuando lo condenaron por segunda vez ni siquiera lo juzgaron. La sentencia fue emitida en su ausencia: diez años en campamentos correccionales de trabajo. No había donde escaparse. En una noche otoñal llegaron. Y al llegar la segunda

condena no tuvo importancia que hubiese sido herido tres veces durante la guerra; de que recibiera dos condecoraciones y seis medallas por su actuación en la "Guerra Patria". Y ni aún así se lamenta. Sólo sabe que algo ha pasado, y su corazón se detiene como petrificado:

Otra vez se amortece...
Recuerdas cómo golpearon la puerta?
Parece que fue hace tanto
y todavía ahora se me hiela el corazón.

Pero al cabo de tantos sufrimientos percibe esa tenue luz que se va haciendo cada vez más refulgente: es la voz de Israel independiente, y esta voz despierta en el prisionero confusos recuerdos de un pasado inolvidable, y se siente despertar a una nueva vida, que lo conduce de nuevo al seno de su propio pueblo. Escribe versos nuevos, imbuídos de fervor religioso: Januca, David y Goliat, Moisés... Una simple carta que le llega de Israel le infunde una alegría inmensa... Un sello postal... una simple estampilla con la efigie de Bar Cojba lo remonta al pasado milenarío, y la carta en sí pierde valor en contraste con la estampilla que le recuerda un pasado glorioso:

Nos mentimos a nosotros mismos cuando impacientes,
leemos una carta: sea buena o mala la noticia,
si alguien nació o celebra su amor afortunado,
lo olvidamos tan pronto terminamos la lectura.

Con igual indiferencia nos retribuyen
y nuestros mensajes a nadie conmueven,
cualquiera haya sido el curso de tu vida,
tus amores o la causa de tu fin...

¿Pero cuál es la nueva que siempre nos alumbra
en esta noche cubierta de hielos y de nieve?
He aquí un sello: aprende a leer estos cinco caracteres,
observa el escudo y el nombre: "El Hijo de la Estrella".

El verso continúa recordando las hazañas de los Macabeos, admira y elogia el valor de los valientes luchadores que, antes que caer de rodillas ante Roma, cayeron sobre sus propios sables: Libres vivieron y murieron libres.

Un nueva luz en una simple estampilla
nos trajo el cartero: Bar Cojba,
el Hijo de la Estrella, nos envió un mensaje.
No es una simple carta que podamos olvidar:
una viva y creciente llama nos anuncia la vida.

D. Seter y sus poemas. Al cerrar el libro una viva emoción me embarga. Qué destino le espera al poeta, y como a él, a esos tres millones de seres que han sido violentamente apartados del seno del pueblo judío? La puerta está cerrada; nos separa de un puñado de seres humanos ansiosos de respirar, aire puro, de vivir su propia vida, de ser independientes... A través de esa puerta cerrada se cuelan las lamentaciones y las esperanzas. Golpearemos en la puerta o nos resignaremos a perder a esos cientos de miles de jóvenes judíos en cuyas almas resurgió la fidelidad hacia su pueblo y la pasión nostálgica por Sión?...